

»de los doze que fueron destinados para regir aquel Reyno quando se fundaba.»

«Hasta aquí el testimonio de este gran Varon, cuya deposicion, por ser suya, equiuale á la mayor Executoria, y sirue tambien de digno Elogio de su Autor, que solo se acordava y hazía ostentacion de su Nobleza para no desdezir de sus obligaciones, y para fervorizarse en la fé y la lealtad que auía heredado de sus mayores.

»Pero qué gloria se puede comparar con el auer sido origen del Varon mas prodigioso que ha visto la Iglesia en estos últimos siglos, San Francisco Xavier, compañero del Glorioso Patriarca San Ignacio, y consorte no menos en la Patria, y en la lengua Vascongada, que en el espíritu con que fundaron la Sagrada, y Doctísima Religión de la Compañía de Iesvs, para tanto vtil de la Iglesia Católica.

»Fué su madre la Señora Doña María de Azpilcueta y Aznar, natural deste ínclito Valle, y nacida en el Palacio de Azpilcueta, y hasta aora permanecía una torre, ó Casa-fuerte del palacio deste apellido, possession de los Condes de Xavier, donde, segun la comun, y recibida tradicion viuía esta Señora al tiempo que concibió á este admirable baztanés, como destinado del Cielo para Sol del Oriente, y luz del Mundo. Del origen, pues, destas montañas sacó Dios á este admirable varon para Apóstol de las Indias, para otro Taumaturgo, para Obrador de los mas milagrosos portentos, y prodigios, y para suplir en la Iglesia con su zelo lo que auía destruido la perversidad de los nuevos Heresiarcas, convirtiendo no solo tantos hombres, sino tantos Reynos y Provincias, que apenas se pueden contar, y solo su heroyco espíritu las pudo perlustrar, y convertir.

»Tales son los blasones de que se pueden gloriarse los Naturales, y Originarios deste Ilustre Valle: títulos todos para que con sus procedimientos procuren no desdezir de sus mayores, sin estragar las costumbres con que ellos santamente los edu-

»caron; y para que conservando en sus pechos el zelo de la Religión, y la Piedad, que bebieron en la leche, se esmeren en los Nobles Artes y heroycos empleos de amplificar la Fé, y defender la República, propagando la gloria de la Patria, y el ínclito nombre de Españoles, para que assí entienda el Mundo, que miran como obligacion este lustre, y que la memoria de su nobleza no es por vana ostentacion de su altiuez, sino por generoso empeño de la virtud. VERUM VIVERE EST PRODESSE PATRIÆ.»

He creído conveniente darte una idea de la fecundidad de este valle de Baztán en hombres preclaros; y las semblanzas de éstos, escritas por los mismos baztaneses. No te oculto qué clase de impresión producen en mí tan exagerados panegíricos: pareceme que al motejar á los portugueses de hinchados, incurrimos en la vulgar flaqueza de no advertir nuestros defectos sino en el espejo que nos suministra el prójimo, pero juzgándonos exentos de ellos. Y no es por desgracia la hinchazón del concepto y del estilo lo único censurable en tales semblanzas: sobre un fondo de sincera pero exaltada fe religiosa y patriótica, en que verdaderamente admira hasta qué punto la sana doctrina evangélica ilumina el entendimiento del hombre de Estado, resaltan en ellas groseros errores morales, científicos, históricos, políticos y de todo género, no imputables solamente á los autores de las biografías, sino á los mismos sujetos biografiados. En este caso se encuentra el eximio Dr. Azpilcueta, á quien llama D. Juan de Goyeneche *Maestro del mundo, Cumbre de la Autoridad y Oráculo de los Sumos Pontífices*. Pero tales eran los hombres, tal el país, tal la época que nos proponíamos fotografiar. Con sus calidades y defectos, te doy ese rincón de Navarra pintado por sus mismos naturales; ahí tienes la fisonomía moral del Baztán, que es hoy exactamente el mismo que fué en los siglos de Carlos V, de los Felipes y de Carlos II: siempre pronto á sacrificar la vida á la conciencia.

Por un puente de tres arcos, saliendo de Elizondo hacia po-

niente, se atraviesa el río Baztán, y á poco más de dos kilómetros se encuentra el pueblo de Lecároz, asentado con sus cincuenta y tantas casas y su parroquia de San Bartolomé en la vertiente de una colina cubierta de rica vegetación. Este breve camino recorrían antes de amanecer el día 14 de Marzo de 1835, unas compañías de cuerpos francos, uno de cuyos oficiales era portador de un pliego cerrado para el alcalde de Lecároz. De allí á poco rato seguían el mismo movimiento las divisiones del ejército de Mina que habían hecho á los carlistas levantar el sitio que tenían puesto á Elizondo. Cuando éstas llegaron, ya los francos formaban cordón al rededor del pueblo, sin consentir que saliese de él ningún paisano. El pliego dirigido al Alcalde contenía una severa orden del general en Jefe para que los vecinos todos esperasen reunidos en la plaza pública la llegada del ejército. Pero los vecinos habían quedado reducidos á veinticuatro ancianos, porque todos los jóvenes y útiles se hallaban militando en las filas del Pretendiente, cuyas banderas seguían la mayor parte de los hijos del país, defensor por aberración de la Ley Sálica, contra la cual había protestado en todas las crisis dinásticas de su gloriosa historia.—Presentóse en Lecároz el general. Era D. Francisco Espoz y Mina un Viriato moderno, un verdadero héroe de la pasada guerra de la Independencia, con el sello peculiar del Capitán por aclamación popular, cuya característica estampa sólo se ve ya hoy hojeando las agua-fuertes de Goya de los *Desastres de la guerra*. No llevaba uniforme, ni se parecía en nada á lo que modernamente entendemos por *figura militar*: sobre una levita de paisano tenía puesta una capa parda, la cabeza cubierta con un sombrero redondo forrado de hule, y encajado sobre un pañuelo de colores que le tapaba la nuca y parte de la frente. Á pesar de este porte, era hombre de nobles facciones, mirada perspicaz, y expresión enérgica que no amenguaban sus canas. No gastaba bigote: sólo le invadía una pequeña parte del contorno de la cara una modesta patilla que no bajaba del lóbulo de la oreja. Su único signo militar era un

sable, que muchas veces se había teñido en la sangre de los enemigos de su rey, de su patria y de su religión. Montaba, no un fogoso caballo, como hubiera podido imaginarse el vulgo que no concibe al general bizarro sino cabalgando en brioso corcel andaluz, sino una poderosa mula torda, de la que él mismo decía que era tan buena bestia que *amanecía con el alba en Alsasua y se ponía con el sol en Zaragoza*. La aparejaba á la española y con estribos de fraile; y en esta conformidad se ponía al frente de su formidable ejército, de aquellos aguerridos francos que igualaban en valor y superaban en disciplina á los aventureros de Cortés y de Pizarro; y era tal y tan imperativo su gesto, que nadie, á pesar del traje y de la cabalgadura, hubiera podido ver en él un simple paisano.—Cuando llegó con su Estado Mayor á la plaza de Lecároz, aquellos veinticuatro ancianos, vestidos con las modestas y aseadas galas de los días festivos, le rodearon para saludarle, dirigiéndole la palabra en vascuence y con patriarcales ademanes. Mina les contestó brevemente en el propio idioma, y les conminó para que declararan dónde habían ocultado los facciosos las piezas de artillería retiradas del sitio de Elizondo, añadiendo con imperiosa voz y duro gesto que si no lo declaraban en el acto, serían ellos pasados por las armas en castigo de su tenacidad, y el pueblo entregado á las llamas, como en años anteriores y por motivo semejante lo había hecho en Cataluña con Castellfollit. Sorprendiéronse cual si los hubiese herido un rayo, y todos á una contestaron que nada sabían de lo que se les preguntaba; pero el General reiteró su mandato sin atender á su exculpación, y como ellos insistiesen protestando su inocencia, los mandó contar de cinco en cinco, haciendo aferrar entre las manos de un cabo á cada uno de los que cerraban este número. Los pobres ancianos quintados, juraban y perjuraban que eran inocentes, gritaban, gemían, se desesperaban: aquellas cinco víctimas eran cabalmente de los más cercanos á la muerte por su edad. Los había tan infirmes—cuenta un testigo presencial de aquel bárbaro cua-

dro (1) — que apenas podían andar: caducos, decrepitos, de encorvadas espaldas, se arrastraban bajo el peso de los años, y en torno de ellos se agrupaban los menos entorpecidos de sus miembros para llorar, para rezar, protestando juntos de su inocencia con las manos tembloras levantadas al cielo. Aumentando el interés de tan dolorosa escena, producida por la explosión de un solo dolor y de una común inocencia, precipitose en mitad de ellos un sacerdote, que queriendo ampararlos á todos con sus brazos abiertos, se interpuso entre las víctimas y sus impasibles ejecutores sin pensar en el riesgo á que exponía su vida. Abrazábalos, bañábalos con sus lágrimas: rígido el semblante, con el índice señalándoles el cielo, recordaba las grandes figuras de los sacerdotes de la Iglesia primitiva que, arrostrando el furor de los gentiles, se lanzaban á los cadalsos, á los anfiteatros, á las hogueras, á confortar á los mártires y á alentarlos para obtener la palma del triunfo. En frente de los cinco ancianos que iban á morir, sobre cuyo grupo descollaba el heroico presbítero, estaba el pelotón de francos que esperaba la orden de hacer fuego: á un lado se veía al general Mina, impasible como una estatua, con su Estado Mayor á retaguardia; á más distancia, los batallones cerrados en masas paralelas; y acá y allá los incendiarios que esperaban con las teas ardiendo en las manos. — Los condenados al suplicio se confesaban de sus culpas á grito herido, y al hacer bajar sobre ellos su bendición absolutoria el digno sacerdote, quedaron en inefable tranquilidad aguardando la muerte. El que mandaba el piquete gritó al caritativo pastor de aquellas atribuladas almas que se apartara para no recibir daño; mas él, sin separarse, extendía los brazos y abría las manos como amparando á los cinco ancianos; reiteradamente se le amonestó para que se retirara, y como demostrase no hacer aprecio del peligro, el oficial mandó á los soldados que se

(1) ROS DE OLANO, EPISODIOS MILITARES: *Guerra de los siete años. De cómo se salvó Elizondo, y porqué fué condenado Lecároz.*

acercasen mucho al grupo para no herir al cura, y por debajo de los brazos de éste hicieron la descarga al sonar la voz de *fuego!* No hay pluma que pueda trazar la escena que se ofreció á la vista en aquel punto: de los cinco ancianos inmolados, ninguno quizá acabó en el acto: heridos con poco tino, botaban contra el suelo y algunos exclamaban *más! más! más!* implorando un pronto remate. Avanzó un segundo pelotón, que los acribilló á balazos disparando á boca de jarro, y sólo entonces cesaron los ayes y el pedir el término de la vida, porque ya sobre ellos había descendido el austero ángel de la muerte. — Retiróse el sacerdote cuando los dejó inmóviles sobre el charco de la sangre tan violentamente robada á sus secas arterias para un ilusorio escarmiento, y entonces se publicó á viva voz por las calles un bando militar en que se prevenía que salieran en el acto de sus casas los niños y mujeres, porque el pueblo de Lecároz iba á ser incendiado en castigo de la contumacia y rebeldía de sus moradores.... Dejemos al general Ros de Olano pintar el cuadro de horror clásico que siguió al fusilamiento de los cinco ancianos. « Los soldados francos, con las teas en las manos, seguían detrás y entraban en las casas repitiendo el sentido de la orden militar. Á poco rato, salieron las mujeres con sus hijos más pequeñuelos en los brazos; y algunos rapaces seguíanles cargados con líos de ropas y utensilios domésticos, á la manera de aquellas familias hebreas de los tiempos bíblicos que huían de Faraón con sus penates. — Pero estas hembras, soberbia raza de Amazonas, ni se atropellaban en la fuga, ni daban alaridos; no lloraban, no maldecían, no se quejaban siquiera: lento el paso y la mirada iracunda, juntáronse todas, y juntas se pararon á contemplar el estrago. — Cundió el fuego con espantable rapidez: su base era todo Lecároz; su cúspide se perdía en las nubes. Viéronle desde lejos los hombres de los montes, así como los que habitaban en los valles, y se asustaron; pero cuando oyeron referir la lastimosa historia, claváronse las uñas en las palmas de las manos y callaron. — La hoguera era inmensa; y

en medio de ella sonaban tiros..... ¡Ay! era que los heridos enemigos, no pudiendo presentarse ni huir, se habían refugiado en los pajares para esconderse, y allí morían abrasados y abrazados á sus fusiles, que candentes estallaban al espirar el defensor carlista. — ¡La hoguera era inmensa! y los soldados se replegaron á retaguardia por no poder sufrir tanto calor. Las mujeres no echaron ni un pié atrás. — Ya, por último, las tropas cristinas deshicieron aquella formación compacta para desfilas al llano. Marcharon, y parecía la silenciosa columna una larga serpiente de aceradas escamas que se desliza abandonando el matarral incendiado donde tenía su guarida. Marchaba yo como uno de tantos, y mi amigo el coronel francés M. Saintyon, que de orden de su Gobierno seguía al cuartel general, me tocó en el hombro señalándome un objeto á corta distancia de la población que ardía: era el contorno de una mujer inmóvil, erecta, plantada como una estatua. — ¿Qué le parece á V.? me preguntó. — Me recuerda, le respondí, á la mujer de Lot frente á Sodoma. — Y el noble extranjero me replicó: Ese es el cuadro; pero de verdad que Sodoma tenía mayor culpa. — Luégo continuamos marchando en la fila, porque éramos anillos de aquella gran serpiente que se deslizaba.»

Eran necesarios todos los grandes servicios que había prestado Mina guerrillero á la santa causa de la Independencia nacional, para que la historia contemporánea no haya execrado el nombre de Mina general en Jefe ante un acto de tan injusta, bárbara é impolítica crueldad.



CAPÍTULO XVI

San Miguel in excelsis: la leyenda de don Theodosio Goñi; el templo; el retablo de esmalte.— La Borunda: la ermita de San Pedro; la contienda de Alsasua y Urdiain; las romerías.

HAY un santuario que por la providencial consagración que obtuvo de la Edad-media navarra, subsiste en una de las más altas cumbres de la cordillera que parte términos con la provincia de Guipúzcoa, como olvidado por las destructoras huestes que en nuestras pasadas guerras dinásticas, desde la muerte de Fernando VII acá, han asolado los fértiles valles de la Borunda (1).

(1) Escribimos indistintamente Borunda y Burunda, siguiendo, ya el uso popular, ya el de los modernos escritores navarros.